

reflexiones de un joven al elegir una ocupación (1835)*

karl marx

Traducción de Alonso Berrío Cárdenas **

PREFACIO DE LOS EDITORES

El siguiente ensayo es uno de los dos exámenes que Carlos Marx escribió en alemán poco antes de su graduación en el Trier Gymnasium en septiembre 24 de 1835. Su tono está impregnado de un espíritu de dedicación a la perfección y bienestar de toda la humanidad. Revela un respeto especial por la vida dedicada a las ideas y es un anticipo del punto de vista del Marx moderno de que nuestras relaciones sociales han empezado a formarse antes de que podamos determinarlas. El segundo ensayo de Marx sobre "La unión del creyente con Cristo" reflejaba también un profundo idealismo humanitarista, ya que Marx encontraba la base de aquella unión en la aspiración humana y sus efectos sobre

un genuino amor de los hombres "que moldeara hermosamente la vida y la elevara". El examinador encontró el ensayo "Reflexiones de un Joven" desdibujado a causa de expresiones inusitadas, pero el Comité examinador estatal certificó que Marx era apto para ingresar a la universidad sobre la base de una conducta general buena, desenvolvimiento en alemán y lenguas clásicas bueno o superior, competente en doctrina cristiana, buen conocimiento de las matemáticas y un aceptable conocimiento de la física.

En el Gymnasium Marx había estado expuesto a la influencia de altos patrones de competencia y de una atmósfera liberal. Buen número de sus profesores no gozaba del favor de la policía secreta. El rector del Gymnasium y el padre de Marx eran miembros de una sociedad literaria liberal. Este último había abandonado el Judaísmo a favor del Cristianismo en 1816 y estaba imbuido del espíritu de iluminación de Federico El Grande.

* Tomado de: Marx, Writings of the young Marx on Philosophy and Society, Editado y traducido por Loyd D. Easton y Kurt H. Guddat, Anchor book, N. Y., 1967, p. 35-39.

** Profesor del Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín.

La naturaleza ha asignado al animal la esfera de su actividad, y el animal actúa

calmadamente dentro de ella, no yendo más allá, ni añorando el que exista otra. También al hombre la Deidad le asignó la meta general de mejorar el género humano y a sí mismo, pero le dejó en libertad para buscar los medios para alcanzar aquella meta, para elegir la posición más apropiada en la sociedad a partir de la cual él puede contribuir mejor a elevarse a sí mismo y al conjunto de aquella.

Esta elección representa un gran privilegio sobre las criaturas, pero al mismo tiempo, un hecho que puede destruir la vida entera del hombre, derrumbar todos sus planes, y hacerlo infeliz. Por tanto, un joven que inicia su carrera y que no desea abandonar sus más profundos intereses al arbitrio del azar, ciertamente debe considerar como su más sagrado deber el asumir esta elección con toda seriedad.

Todo el mundo tiene una meta que parece ser grandiosa, al menos para sí mismo, y lo es cuando la más profunda convicción, la voz más interiorizada en el corazón, así lo afirman; pero la Deidad nunca deja al hombre sin guía en absoluto; la Deidad habla suavemente, pero con firmeza.

Esta voz, sin embargo, puede ser fácilmente ahogada, y lo que creíamos era inspiración puede haber sido creado por lo efímero del momento y de nuevo destruido por este mismo. Quizás nuestra fantasía esté inflamada y excitadas nuestras emociones; fantasmas rondan ante nuestros ojos y con vehemencia nos lanzamos hacia la meta, pensando que la Deidad nos la ha señalado. Pero lo que con tanta ardentía presionábamos contra nuestro pecho, pronto nos repele, y vemos entonces destruida toda nuestra existencia.

Por lo tanto debemos seriamente cuestionarnos si estamos realmente inspirados sobre una vocación, si una voz interior la aprueba, o si la inspiración fue una decepción, si aquello que tomamos por el llamado de la Deidad sólo fue un autoengaño. Pero ¿de qué otra forma podríamos reconocer esto, a no ser buscando la fuente de nuestra inspiración?

Todo lo grande resplandece, el resplandor conduce a la ambición y ésta puede fácilmente haber causado la inspiración o lo que pensábamos que lo era. Pero la razón no puede por mucho tiempo detener a alguien que ha mordido el cebo de la ambición. Se arrastrará irremediablemente hacia donde el vehemente llamado lo atrae; no podrá él elegir más su posición, sino que más bien ella estará determinada por el oportunismo y el brillo fugaz del momento.

De manera pues que no estamos llamados a ocupar la posición en la que más podamos brillar. Ella no es la que en la larga sucesión de años durante los cuales podamos sustentarla, nunca nos hará seguros, vencedores y apasionados, o subvertirá nuestra inspiración. Pronto veremos insatisfechos nuestros deseos y vacías nuestras ideas. Nos resentiremos contra la Deidad y maldeciremos a la humanidad.

Pero no sólo la ambición puede causar una repentina inspiración acerca de una posición; podemos haberla embellecido con nuestras fantasías hasta el máximo punto que la vida puede ofrecer. No lo hemos analizado ni hemos sopesado la gran carga y la enorme responsabilidad que ha de ser colocada sobre nuestros hombros. Sólo la hemos avistado a la distancia, y la distancia distorsiona.

En esta materia nuestra propia razón no puede ser la consejera. Ni la experiencia, ni la observación profunda sostienen nuestra razón, que está distorsionada por la emoción y cegada por la fantasía.

Pero ¿dónde buscaremos ayuda cuando nuestra razón nos abandone? Nuestro corazón clama por nuestros padres que han recorrido la ruta de la vida y han experimentado la severidad del destino.

Y si nuestra inspiración aún persiste, si todavía amamos aquella posición y creemos estar llamados a ella después de haberla puesto a prueba con objetividad, de haber percibido su peso específico, y habernos puesto a tono con sus exigencias, entonces debemos esforzarnos por alcan-

zarla y así la inspiración no nos decepcionará ni la sobrecarga espiritual nos fatigará.

Pero no siempre podemos elegir la vocación para la cual creemos haber sido llamados. Nuestras relaciones sociales, hasta cierto grado, han comenzado a formarse aún antes de que nos hallemos en posibilidad de determinarlas.

¡Incluso nuestra naturaleza física con frecuencia se opone rudamente a nosotros, y nadie se atreve a contrariar sus designios!

Para estar seguros, podemos elevarnos por encima de aquélla, pero sólo para caer después más rápidamente. Entonces nos aventuramos a levantar un edificio sobre bases falseadas y nuestra vida entera se convierte en una desafortunada batalla entre el principio intelectual y el físico. Cuando uno no puede apaciguar las fuerzas que luchan en su interior ¿cómo puede levantarse contra las tempestuosas urgencias de la vida, cómo puede actuar serenamente? De la mera serenidad pueden emerger grandes y maravillosas relaciones. La serenidad de espíritu es el único suelo en el que pueden madurar los frutos.

Aunque con una naturaleza física inadecuada para nuestra posición no podemos trabajar largo tiempo ni placenteramente, el pensamiento de sacrificar nuestro bienestar en aras del deber, de actuar con debilidad o fortaleza, siempre se presenta. Sin embargo, si hemos elegido una posición para la cual no poseemos talento, nunca seremos capaces de ocuparla adecuadamente, pronto reconoceremos con vergüenza nuestra propia incapacidad y nos enrostraremos nuestra propia condición de criaturas inútiles, un miembro de la sociedad que no es capaz de ocupar su puesto. El resultado más natural es, entonces, la autocompasión y ¿qué sentimiento es más doloroso, cuál puede ser menos desplazado por cualquier cosa que el mundo exterior ofrezca? La autocompasión es una serpiente que eternamente anida en el pecho de uno, que succiona la sangre del co-

razón y la mezcla con el veneno de la misantropía y la desesperación.

Una decepción sobre nuestra capacidad para una posición que ya hayamos examinado detenidamente es un hecho desgraciado que vengativamente se vuelve contra nosotros y, aunque no pueda ser censurado por el mundo exterior, provoca en nuestra alma un dolor más terrible que cualquiera de los que el mundo exterior pueda producirnos.

Cuando lo hayamos sopesado todo, y cuando nuestras relaciones en la vida nos permitan elegir cualquier posición dada, debemos optar por aquella que nos depare la más grande dignidad, que esté basada sobre las ideas de cuya veracidad estamos completamente convencidos, que ofrezca las más amplias potencialidades de trabajar por la humanidad y de aproximación a la meta universal para la cual toda posición es sólo un medio: La perfección.

¡La dignidad eleva al máximo al hombre, imprime una alta nobleza a todos sus actos, a todas sus tentativas, y le permite erigirse en irreprochable, admirado por la muchedumbre y por encima de ella!

Sólo aquella posición en la que no aparezcamos como serviles instrumentos sino como elementos creadores dentro de nuestro círculo puede impartir dignidad. Sólo aquella posición que no requiera de actos reprochables, ni siquiera en apariencia —una posición que la mejor persona pueda asumir con noble orgullo— podrá impartir dignidad. La posición que más garantiza esto no siempre es la más alta, pero es siempre la mejor.

Así como una posición sin dignidad nos rebaja, ciertamente sucumbimos a la carga de aquella (posición) basada en ideas que después identificamos como falsas.

Entonces no encontramos refugio sino en la autodecepción, y ¡qué desesperado recurso es aquél que es garantizado por la autovenganza!

Las vocaciones que no se sustentan en la vida sino más bien en verdades abstractas son las más peligrosas para el joven cuyos principios no están aún cristalizados, cuyas convicciones no son aún firmes e incontrastables, aunque al mismo tiempo parezcan ser las más elevadas cuando han echado profundas raíces en el alma y cuando podemos sacrificar la vida y esforzarnos al máximo por las ideas que las sustentan. Ellas pueden hacer feliz a aquel que ha sido llamado a ellas; pero pueden destruir a aquel que las toma a la ligera, sin reflexión, obedeciendo al momento.

Pero la falta de opinión que tenemos de las ideas sobre las que se basa nuestra vocación nos compromete más aún con la sociedad, engrandece nuestra propia dignidad, hace sólidas nuestras acciones.

Cualquiera que elija una vocación a la que tiene en alta estima, deberá ser muy cuidadoso de no hacerse indigno de ella; en consecuencia, tendrá que actuar con nobleza precisamente porque noble es su posición en la sociedad.

El principio fundamental que debe guiarnos en la selección de una vocación es, sin embargo, el bienestar de la humanidad, y nuestra propia perfección. Uno no debe pensar que estos intereses combaten entre sí, que el uno debe destruir al otro. Más bien, uno debe pensar que la naturaleza humana posibilita al hombre a alcanzar

su plenitud solamente al trabajar por la perfección y por el bienestar de su sociedad.

Si una persona sólo trabaja para sí misma podrá quizás llegar a ser un famoso intelectual, un gran sabio, un poeta destacado, pero jamás un hombre completo, genuinamente grande.

La historia califica como los más grandes hombres a aquellos que se han ennoblecido a sí mismos trabajando por ideales universales. La experiencia cataloga como el hombre más feliz a aquel que ha hecho feliz a más gente. La religión misma nos enseña que el ideal por el cual todos estamos luchando se sacrificó a sí mismo en pro de la humanidad, y ¿quién se atrevería a destruir un planteamiento semejante?

Cuando hayamos elegido la vocación dentro de la cual podremos contribuir al máximo a la humanidad, las responsabilidades no podrán amedrentarnos porque aquellas sólo son sacrificios en aras de la totalidad. Entonces experimentaremos no una alegría endeble, limitada y egoísta, sino que nuestra felicidad pertenecerá a millones, nuestros logros vivirán silenciosa pero eternamente efectivos, y copiosas y brillantes lágrimas de multitud de hombres nobles se derramarán sobre nuestras cenizas.

Marx, septiembre 24 de 1835.